

de su servidumbre á un pueblo, habían comenzado á hacer sus incursiones por las mal guardadas fronteras de los enemigos de su libertad y de su ley. Sus incursiones habían sido siempre seguidas de victorias, y los conquistadores se vieron en la necesidad de reprimir hasta cierto punto el impetu de sus odios, convertidos por el riesgo común á la común defensa. Vencidos en buena lid las más veces, pero vencedores algunas, acometieron magníficos hechos de armas durante el periodo histórico que comienza con Abdel-Rahmán I y que concluye con Almanzor, dilatándose el espacio de dos siglos. Esta es la época maravillosa en que comienzan á resplandecer entre los árabes las delicadas artes del ingenio, y en que el Oriente comienza á reflejar en el Occidente toda la pompa de sus galas, y toda la riqueza y la variedad de sus colores. En este tiempo aparecen también de cuando en cuando algunas fisonomías que se distinguen entre las demás por su majestad y su nobleza, y que, cautivando la atención, la separan agradablemente del triste espectáculo de una sociedad decrepita y moribunda. Entre todas resplandece la de Almanzor, entendido como pocos en las artes de la paz, como ninguno en las artes de la guerra. Era blando y apacible en las ciudades, indómito león en los campos de batalla. Almanzor era uno de aquellos hombres providenciales nacidos en épocas de decadencia para contener con su mano poderosa la rápida disolución de los Imperios<sup>1</sup>. Cuando Almanzor apareció, el pueblo cristiano, crecido ya en fuerzas y en pujanza, iba dilatando los términos de su jurisdicción y señorío; sus aguerridas huestes habían entrado por armas ciudades populosas; su immaculado pendón tremolaba á todos vientos llevado por la victoria, y hacía sombra á los abatidos pendones de las huestes agarenas. Almanzor contuvo el torrente que amenazaba inundar el campamento de los árabes, y la sociedad decrepita que protegió con su poderoso brazo pudo respirar algunas horas sentada en el borde de su

<sup>1</sup> Para azote y espanto de las gentes, debiera de haber dicho.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

abismo. Cincuenta batallas campales perdieron entonces los cristianos; jamás los adoradores de la Cruz habían visto levantarse días más nebulosos para ellos en el horizonte de la península española, desde que fueron rotas y deshechas en las orillas del Guadalete las espesas falanges de los godos. Jamás el Dios de los Ejércitos había puesto en sus labios una copa tan llena de amargura desde que los condenó á cautiverio y servidumbre haciéndolos juguete de sus iras.

Pero Almanzor falleció al fin, sirviéndole de sepulcro el polvo sacudido de su manto en los días de las batallas. Entonces sucedió que el vasto Imperio de Córdoba, huérfano del capitán que le amparó con su escudo, que llenó su soledad con su nombre, que cubrió su debilidad con su grandeza y su desnudez con su resplandeciente vestidura, se desmembró, dividiéndose en efimeros y pequeños Principados. Con lo que se atestigua que mientras que Almanzor presidió á los destinos del Imperio, el fuego de la discordia continuó alimentándose escondido en el seno de aquellas razas rivales, puesto que, cuando desapareció el grande hombre, se dejaron otra vez arrastrar por los ímpetus de sus mal reprimidos odios y de sus escandalosas venganzas.

En este estado de postración, la fortuna volvió á mostrarse contraria á las armas agarenas, mientras que los cristianos, recobrados ya de su pavor y de sus prolongados desastres, no sólo reconquistaron en breve todo el terreno perdido, sino que, pasando más allá, clavaron su pendón en los Imperiales muros de Toledo. La posesión de la ciudad santa, en donde en tiempos más felices habían sido ungidos por los Prelados de la Iglesia los Reyes de los godos, debió causar un estremecimiento de placer á los que vivían la vida de los combates animados por tan gloriosos recuerdos. Toledo era la Jerusalén de los cristianos de España. Señores de su Jerusalén, sin duda olvidaron sus fatigas y desastres, para pensar sólo en sus glorias y en el término de su peregrinación, aquellos nobles combatientes é infatigables peregrinos.

Ni pararon aquí las conquistas de Alfonso VI, sino que, pasando más adelante, se apoderó de Madrid, Guadalajara y Maqueda, llevando por todas partes el prestigio de su nombre, el recuerdo de sus victorias y la gloria de sus armas.

Desmembrado el grande Imperio sarraceno en pequeñas y rivales Monarquías, no pudo resistir el torrente; y como sus débiles Monarcas le viesan crecer y dilatarse por el corazón de sus dominios, volvieron sus ojos en busca de protección hacia las costas de Africa. En ellas encontraron un hombre grande que, solicitado en nombre de los demás por el Rey que dominaba en Sevilla, desembarcó en la península española al frente de los almoravides africanos. Su nombre era Yussef-Bentaxfin. Nacido en tiempos de grandes trastornos y de discordias civiles, en los que el Poder está al alcance de los ánimos inquietos y de los hombres esforzados, supo ganarle para sí, sujetando á un pueblo numeroso que le proclamó su jefe, siendo de esta manera fundador de una gloriosa dinastía.

Cuando Yussef con sus almoravides rompió por la península, Alfonso estaba sitiando á Zaragoza; y como llegase la nueva á sus oídos, levantó el cerco para acudir adonde el mayor peligro le llamaba. Los dos competidores se avistaron en Octubre de 1086 en las llanuras de Zalaca, entre Badajoz y Mérida al frente de sus Ejércitos. Ambos Ejércitos eran numerosos y aguerridos. Ambos competidores eran dignos de la gloria. La fortuna en esta ocasión hubo de sernos adversa, según nuestros historiadores refieren, aunque hubo motivos para dudar cuál de los dos competidores salió peor librado del campo de batalla.

Los Príncipes mahometanos comenzaron á desconfiar del áustre aventurero á quien habían abierto las puertas de la península, y en quien suponían ya designios hostiles y miras ambiciosas. ¡Triste condición la de los débiles! Hallarse rodeados por todas partes de asechanzas; no poder elegir sino entre enemigos encubiertos ó enemigos declarados; no saber para quienes han de implorar la misericordia del Dios de los Ejércitos

en los días de los combates, si para los que les tienen declarada la guerra, ó para los que son sus protectores, ciertos como están de que la victoria de los primeros los condena al exterminio, y la de los segundos á una ignominiosa servidumbre.

Esto cabalmente sucedió con Yussef, que viéndose poderoso, y como poderoso temido, acometió la empresa de enseñorearse del hermoso país que se dilataba ante sus ojos como un magnífico oasis; y convirtiendo sus armas contra sus propios aliados, dió feliz cabo á su empresa, restableciendo con sus triunfos la unidad del Imperio mahometano en la península española. Entonces no hubo más que un solo Reino gobernado por un solo hombre, jefe de una raza dominante.

Después de la usurpación de Yussef y sus almoravides, hubo por algún tiempo paz entre cristianos y mahometanos. A Yussef sucedió su segundo hijo Alí, heredero de su poder y de sus glorias militares. Alí fué poderoso para contener á los cristianos por la parte del Mediodía; pero sus armas se dilataron vencedoras por el Norte. Alfonso I de Aragón se apoderó de Tudela: por los años de 1118 cayó en poder de los cristianos Zaragoza, y con esta gloriosa conquista todo el Norte de España quedó libre del yugo sarraceno. Al año siguiense, el héroe aragonés venció en batalla campal á 20.000 africanos, que penetraron por su tierra; mientras que otro ejército de infieles, mandado por Ali, retrocedió delante de los pendones de León y de Castilla. De esta manera, contenidos por algún tiempo los cristianos por los almoravides, volvieron á seguir muy pronto la carrera de sus triunfos, y á conquistar para sus huestes nuevas y más ventajosas posiciones. Si comparamos este período histórico con los que le precedieron, no nos será difícil demostrar que la decadencia del Imperio mahometano fué constante y progresiva, ora comparemos unos con otros los tiempos de desmembración y de discordias civiles, ora comparemos entre sí los tiempos en que recobró su unidad y su vigor, merced á los esfuerzos de sus gloriosos capitanes.

La época turbulenta y desastrosa á que puso un término

Almanzor, no fué tan desastrosa y turbulenta como aquella á que puso término Yussef cuando, respondiendo al llamamiento de los árabes de España, penetró por la península adelante con sus almoravides africanos. De la misma manera, la época gloriosa de Yussef no fué tan gloriosa para su raza y su Imperio como la de Almanzor para el Imperio y la raza de los Príncipes omiaditas. De donde resulta que, andando el tiempo, los períodos de unidad fueron menos prósperos, mientras que los de desmembración y de anarquía fueron más turbulentos y anárquicos; es decir, que para los árabes de España el *mal* estuvo siempre en un *progreso* constante, y el *bien* en una constante *decadencia*. Lo cual no deberá extrañarse si se atiende á que el *bien* fué el resultado de la acción momentánea de los hombres, mientras que el *mal* tuvo su origen, por una parte, en la acción permanentemente deletérea del principio fatalista, y por otra en el antagonismo profundo é invencible que existió siempre entre las diversas razas, de cuya agregación resultó el débil y deforme, aunque colosal Imperio mahometano.

Volviendo ya á anudar el hilo de esta historia, diré que, apenas volvió sus espaldas la fortuna á la raza de los almoravides, cuando vino por tierra el edificio que Yussef levantó con su mano vencedora. ¡Tan endeble era su fábrica! ¡Tan frágiles sus cimientos! Para descubrir las causas de la debilidad interior del Imperio mahometano en esta época, será bueno recordar aquí lo que manifesté al principio de este artículo, á saber: que la raza de los africanos ocupando el grado más ínfimo de la jerarquía social, era una raza de ilotas, así como eran razas aristocráticas las oriundas de la Arabia, del Egipto y de la Siria. Ahora bien: cuando los desacordados Príncipes de los árabes de España abrieron á los almoravides africanos las puertas de la península, abdicaron su poder en esa raza plebeya, encontrando su muerte donde buscaron su remedio. Cuando la Providencia ha decretado la destrucción de un pueblo ó de una raza, un vértigo se apodera de la víctima, y ella misma se encamina al sacrificio.

Señores, los africanos de toda la España mahometana, no encontraron delante de sí sino encarnizados enemigos, obstáculos insuperables y resistencias invencibles. Para afirmar su dominación, tenían que vencer á un mismo tiempo á sus enemigos exteriores y á sus enemigos interiores; á los cristianos, que inquietaban sus fronteras, y á las razas subyugadas, que encontraban alimento y satisfacción para sus odios en los públicos desastres. Por donde se ve que la unidad del Imperio, durante la efímera dominación de los almoravides, fué aparente, puesto que los conquistadores, lejos de comprimir los elementos de discordias, fueron causa de su acelerado desarrollo. La conquista de los almoravides fué una revolución social, porque con ella se trasladó el poder de las razas aristocráticas á las democráticas, de los árabes á los africanos, de la nobleza á la plebe. Esta revolución, que en apariencia dió unidad al Imperio, fué realmente desastrosa, como lo es siempre una revolución que se realiza cuando el enemigo amenaza, porque al peligro que amenaza de fuera añade el de los obstáculos que se desarrollan dentro.

Esto sirve para explicar por qué los almoravides, luego que experimentaron los primeros desastres en el campo de batalla, se encontraron á su vuelta con sediciones interiores que se embravecieron hasta el punto de hacer inevitable su ruina. Córdoba se sublevó contra Alf, siendo la silla de su Imperio, y sólo á favor de condiciones humillantes pudo serenar la tempestad y reprimir el tumulto.

Sólo faltaba un hombre á la sedición para ostentarse victoriosa, y ese hombre se presentó en el día y en la hora convenientes. Uno de los caracteres de la decadencia del islamismo es la aparición de reformadores fanáticos que, rompiendo la unidad terrible de la fe y dividiendo la sociedad mahometana en varias comuniones religiosas, entregaron á los vientos de las discordias, fatales para los Imperios más firmes, el vasto y colosal Imperio fundado por el profeta.

Uno de estos reformadores fué Mohamed ben-Abdalla, na-

tural de Córdoba, y como todos los fanáticos, de encapotado ceño, de duro corazón, y de carácter melancólico y sombrío. Dotado desde su niñez de una actividad devorante, emprendió el viaje de Bagdad, en donde estudió con el famoso reformador Algazali, cuyas doctrinas habían sido condenadas por los verdaderos creyentes. Encendido su espíritu con las atrevidas ideas que inoculó en él su maestro, determinó propagarlas por el mundo. No transcurrió mucho tiempo sin que estuviese seguido de discípulos numerosos, que muy pronto se convirtieron en sectarios. Llegado que hubo á Marruecos, capital del Imperio africano de los almoravides, comenzó á sufrir destierros que le santificaron á los ojos de los suyos y aumentaron su crédito y poderío entre la gente africana, raza en todos tiempos ansiosa de novedades y emociones.

Luego que tuvo la conciencia de su poder, levantó el estandarte de la insurrección seguido de sus almohades (es decir, unitarios, porque aspiraban á la extirpación de la idolatría y á la persecución de los cristianos que adoraban á Dios en tres personas), que desde sus primeros encuentros salieron siempre victoriosos; pero como muriese poco después, en el año 1129, fué proclamado sucesor suyo Abdelumen, digno de ser heredero de su dignidad y de su nombre, como dotado de sus mismas prendas, de su indomable ardor y de su extraordinaria bizarría.

La destrucción de los almoravides del Africa fué obra de algunos instantes, y la de los almoravides de la península obra solo de un momento. Los almohades fueron entonces señores del Africa y de la España mahometana juntamente.

Hallándose á la sazón divididos entre sí los Príncipes cristianos, Abdelumen quiso romper por sus tierras tan de improviso y con un ejército tan poderoso, que no tuviesen tiempo para aparejarse á la defensa común, dejando antes ajustadas sus contiendas y dirimidos sus pleitos. Para este glorioso fin publicó la guerra sagrada con la solemnidad religiosa de costumbre. Tan terrible anuncio puso en movimiento todas las

gentes africanas desde Túnez hasta el Océano; para servirme de las expresiones de un historiador, desde el gran desierto hasta Ceuta.

Este alzamiento en masa del Imperio mahometano sólo sirvió para hacer un vano alarde de su gigantesco poderío. Abdelumen murió después de revistadas sus tropas, que licenció el apocado y pacífico Yusef, hijo suyo y heredero de su poder, aunque no de sus virtudes marciales.

A Yusef le sucedió en el Imperio su hijo, de nombre Yacubben-Yusef, á quien por sus victorias llamaron después Almanzor, Príncipe magnánimo, valiente y justiciero, y entre todos los Príncipes de los almohades sin duda el más digno de memoria y el más esclarecido. Queriendo aprovecharse, como Abdelumen, de las discordias intestinas de los cristianos, marchó sobre Valencia contra Alfonso VIII de Castilla, á quien derrotó completamente en los campos de Alarcos, habiéndose trabado el combate antes de que el cristiano recibiera los refuerzos que le habían prometido sus aliados de León y de Navarra. Por lo demás, esta victoria no fué parte para hacer de peor condición la causa de los cristianos, ni para dar aliento á los infieles. El progreso de los unos y la decadencia de los otros tenían más altas causas; la victoria, al punto á que habían llegado las cosas, no dependía ya de los azares de la guerra. \*

Almanzor falleció en Mayo de 1199, y le sucedió su hijo Mohamed Abu Abdalla, conocido con el nombre de Alnasir. Este Príncipe, afeminado á un tiempo y ostentoso, reunió bajo sus pendones, para humillar la soberbia de Alfonso de Castilla, uno de los Ejércitos más formidables que han existido en el mundo. La cristiandad se llenó de espanto, porque los enemigos que iban á lanzarse contra ella eran tan numerosos como los granos de arena de los desiertos del África. El Papa Inocencio III proclamó una cruzada contra los infieles de la península, que en su loco envanecimiento presumían herir de muerte con sus innumerables falanges al cristianismo en Europa. El

punto de reunión para los cruzados fué la ciudad de Toledo. Pero como los Reyes de León, de Aragón y de Castilla aguardasen inútilmente los auxilios extranjeros que esperaban, acometieron por sí solos, y con la ayuda de Dios, la empresa de salir al encuentro á sus contrarios. Empresa, atendida la diferencia del número entre cristianos é infieles, la más temeraria de cuantas nos refieren las historias.

Llegados al pie de las montañas que se elevan como linderos entre Castilla y Andalucía, ocupadas á la sazón por el Ejército enemigo, un pastor, de nombre Isidro, á quien Madrid festeja como á Patrón y que la Iglesia celebra como santo <sup>1</sup>, les enseñó la senda que habían de seguir para sorprender á los infieles. Los cristianos, aprovechando el aviso que por la boca de un pastor recibían indirectamente del cielo, siguieron adelante por la senda desusada, y con admiración y sorpresa de sus aterrados enemigos, dominaron de repente las alturas. Encastillados en ellas por espacio de dos días, al tercero descendieron á las para siempre memorables llanuras de Tolosa, en donde dieron y ganaron la batalla de Las Navas.

Con esta prodigiosa victoria, las innumerables falanges de agarenos mordieron el polvo de la tierra. Infantes y jinetes pasaron como fantasmas que huyen, y sus ensueños gloriosos de engrandecimiento y de conquistas se disiparon como el humo que se disipa en los aires.

Esta victoria preparó, si no llevó á cabo, la destrucción del islamismo. Desde entonces todo fué confusión, desaliento y congoja en el campo de los infieles y en sus ciudades populosas, por donde pasaron efimeros usurpadores. Desmembrado el Imperio, jefes independientes y enemigos unos de otros, se disputaron su ensangrentado cadáver. Poco después aparecen D. Jaime de Aragón y San Fernando: el primero conquistador del Reino de Valencia, y el segundo conquistador de Sevilla.

<sup>1</sup> En la carta que Alfonso VIII escribió al Papa refiriéndole aquel glorioso triunfo, limitóse á decir que "enseñó el camino *cierto rústico* que, sin esperarlo, nos envió Dios."  
—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

El islamismo se refugió entonces en la ciudad de Granada, que comienza á brillar á mediados del siglo XIII.

Hasta aquí hemos asistido al espectáculo de su decadencia; vueltos ya nuestros ojos á Granada, sólo podemos asistir al espectáculo de su agonía. Pero el Imperio mahometano no debía extinguirse como se extinguen los demás Imperios del mundo. Sintiendo en paso de muerte, quiso festejarse á sí propio, y mandó á sus artistas que preparasen sus cinceles, y á sus poetas que templasen su cítara sonora; y abrió sus puertas á todas las gentes y naciones; y se embriagó con los perfumes y se perdió en los confusos laberintos de sus jardines orientales; y mandó á la Europa que pusiese sus ojos en sus galas, que eran las galas de una víctima; y que envidiase su civilización, que era la vana cultura de un Imperio decrepito y moribundo, y que escuchase su canto, que era el último canto del cisne.

Cuando los Reyes Católicos se presentaron á sus puertas, el cisne suspendió su dulce y profano canto, porque Granada la hermosa debía dar á los vientos más severas armonías, esciava ya de más adustos señores.

Antes de concluir este artículo, será bueno que hagamos algunas breves reflexiones sobre el imperio de los árabes en España. Después de haber recorrido rápidamente la serie de los acontecimientos como el orden cronológico lo exige, será bien que, agrupando esos mismos acontecimientos, como la Filosofía lo requiere, pongamos la consideración en las leyes generales á que obedecieron en su sucesivo desarrollo, y que los examinemos en conjunto.

Varios hechos generales llaman desde luego la atención en esta historia de ocho siglos. Los sarracenos no salen nunca vencedores sino cuando un hombre grande los dirige. Los hombres grandes no desaparecen jamás sin que por el vacío que dejan no penetren los vientos de las discordias, y sin que una rápida desmembración no venga á debilitar las fuerzas vitales del Imperio. En la historia se advierte una regularidad que pasma. El que haya estudiado uno de sus períodos, conoce ya